

CAPÍTULO 16. DESARROLLO Y PÉRDIDA: DIFERENCIAS
CULTURALES Y SOCIALES DESDE EL JAPÓN DE PREGUERRA
HASTA LA ACTUALIDAD

Daniel Rubio Pérez

Universidad de Sevilla

Con la colaboración de José María Cabeza Laínez

En el Japón del siglo XIX, los hombres que al grito de “*Sonnô Jôï*” 尊皇攘夷 exigían la restauración del emperador y la expulsión de los bárbaros sospechaban ya que la llegada de las potencias de Occidente²²² haría temblar los sólidos pilares de la sociedad japonesa. De hecho, el proceso de renovación social y cultural que se inició en la era Meiji 明治(1868-1912) sería la antesala de un cambio de rumbo en los valores de la mentalidad nipona. El principal esfuerzo de Japón por modernizarse fue realizado con el fin de conseguir un puesto relevante entre las más destacadas potencias mundiales de la época. Y eso, hasta bien entrado el siglo XX, significaba mantener un país industrializado y económicamente fuerte, y un ejército poderoso. Y para ello era necesaria la conquista de algunas colonias. Como rezaba el lema de la época: *Fukoku Kyôhei* 富国强兵 (País rico, ejército fuerte).²²³

La “occidentalización” inauguró muchos cambios en la idiosincrasia del pueblo japonés, y también sacó a relucir costumbres y formas de pensar arraigadas desde antiguo. Numerosos viajeros en el siglo XIX y en la primera mitad del siglo XX, como Lafcadio Hearn o Pierre Loti (Julien Viaud), dejaron constancia en sus obras del “peculiar” carácter de la sociedad japonesa de aquella época, augurando al mismo tiempo que la “conversión a Occidente” de Japón demolería muchos aspectos de una cultura que desde los inicios del siglo XVII se había mantenido relativamente intacta. Estos observadores, asombrados por la transición en ciernes del país, promovieron un retrato apresurado de las costumbres de aquella época; retrato que hoy día aún resulta válido para comprender el proceso de cambio producido en el modo de actuar de una sociedad tan ajena al pensamiento occidental como es la japonesa. Según Pierre Loti afirmó: <<Entre Japón y nosotros, las diferencias de los orígenes primitivos abren un inmenso abismo>>.

Si bien es cierto que no todas las apreciaciones de estos viajeros deben ser tomadas al pie de la letra, conviene destacar que un observador ajeno a la cultura que observa, puede ofrecernos valoraciones directas y más cercanas a la

²²² A excepción de los holandeses, que habían permanecido desde antaño en la isla de Dejima 出島, en Nagasaki. Japón también había recibido la visita de los españoles y los portugueses en los siglos XVI y XVII.

²²³ Los caracteres de *Sonnô Jôï* y de *Fukoku Kyôhei* aparecen escritos en su forma antigua (*Kyûjitai*). Actualmente se escribirían 尊王攘夷 y 富国强兵 respectivamente, siendo igual su lectura.

realidad que las de una persona perteneciente a la cultura observada. En este sentido, los estudios sobre una cultura son como el retrato de un pintor, en la mayoría de las ocasiones todos lo encuentran acertado a excepción de la persona retratada. Un ejemplo de ello fue el libro *El crisantemo y la espada* de la norteamericana Ruth Benedict, como veremos más adelante.

El impacto de Occidente adquirió especial fuerza durante los años veinte del siglo pasado, era Taishô大正 (1912-1925), y elevó al éxito a una cantidad considerable de pensadores y escritores. Durante este periodo Japón vivió un proceso democratizador sin parangón. Aparecieron movimientos de carácter socialista y comunista, y hasta pragmáticos. Se crearon sindicatos, y florecieron numerosos movimientos estudiantiles. Surgió una “nueva especie” de ciudadanos acordes con la modernización de las urbes, conocidos como *Moga* (chica moderna) y *Mobo* (chico moderno)²²⁴. Éstos cultivaron el gusto por el Jazz, las ropas de estilo occidental y el refinamiento de corte europeo. Entre esta incipiente clase urbana brotaron diversas corrientes culturales y círculos literarios, como la Escuela del Abedul Blanco (1910), que tuvo entre sus máximos exponentes al filósofo Takeo Arishima; o como la revista literaria *Shin Shichô* 新思潮 (*Tendencias del nuevo pensamiento*), nacida bajo la influencia del escritor Natsume Sôseki, y en cuyas filas militó el afamado Ryûnosuke Akutagawa. Del interés que despertó en los nuevos pensadores de la era Meiji el liberalismo inglés y francés, se pasó a un entusiasmo por el idealismo alemán y el pragmatismo norteamericano. El filósofo Kitaro Nishida (1870-1945), que supo aunar el pensamiento hegeliano y neokantiano con el budismo Zen, llegó a definir la realidad como <<el lugar de la nada>>, donde <<se percibe la forma de la informidad y el sonido de la insonoridad>>.

A pesar de todo, durante esta época el furor urbano por lo occidental ofreció estampas paradójicas al mezclarse, en muchas ocasiones, con la fuerte impronta de la tradición. De hecho, esta extraña y aparentemente feliz edad ha sido también denominada como “*Ero, Guro, Nansensu*”, lo que viene a significar “*erótico, grotesco y sin sentido*”.

Un personaje clave en el cambio de rumbo de la nación japonesa es sin duda el embajador Tomomi Iwakura, que defenderá la restauración del poder en el emperador, y se opondrá al aislamiento impuesto por los Tokugawa. Será también uno de los padres del Japón constitucional de la era Meiji, y, como veremos a continuación, el impulsor fundamental del pensamiento occidental en el archipiélago.

En 1871 el gobierno Meiji envía a Estados Unidos y a Europa una delegación bajo la dirección de Iwakura en calidad de embajador extraordinario y plenipotenciario. Esta delegación, conocida como la “misión diplomática Iwakura”, pretendía hacer un recorrido por aquellas naciones que mantenían

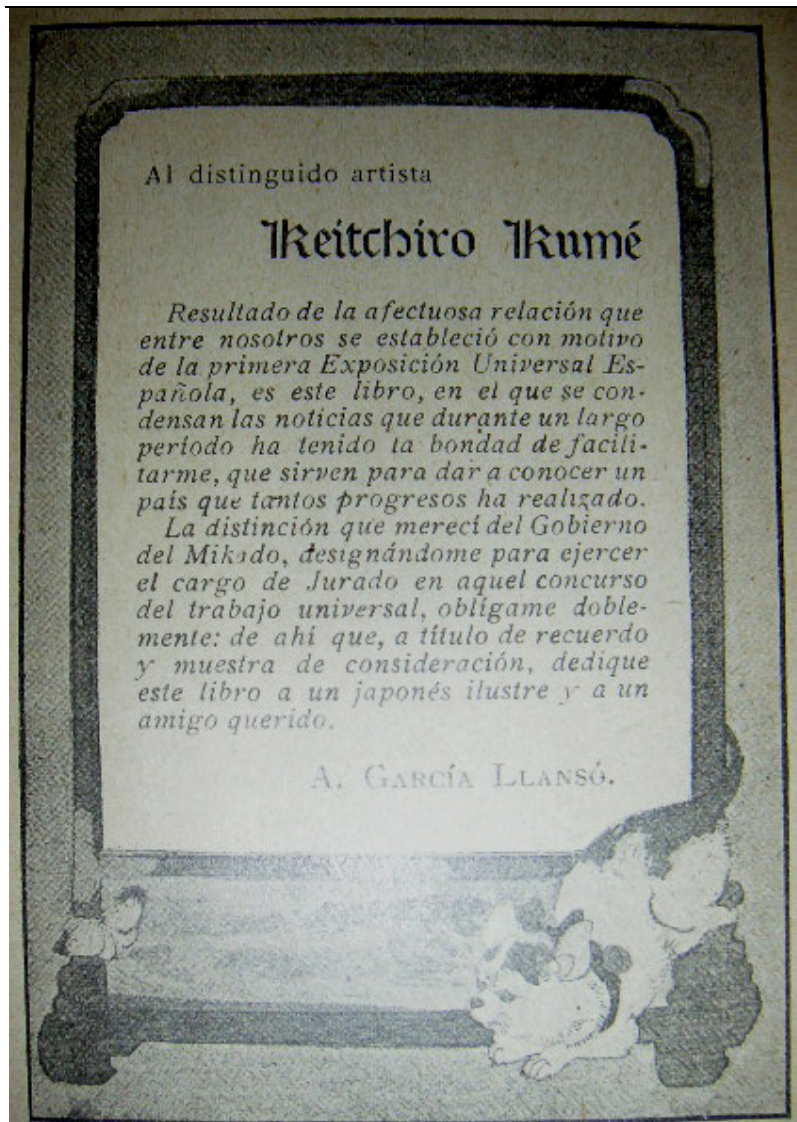
²²⁴ De モダンガール(modern girl) yモダンボーイ(modern boy).

relaciones diplomáticas con Japón con el objetivo de investigar aspectos de su política, su economía e industria, su sociedad y sus artes. Con esto también deseaban forzar la posterior revisión de los tratados firmados con estas potencias.

La misión Iwakura parte de Yokohama el 21 de Diciembre de 1871, y vuelve un año y diez meses más tarde, habiendo recopilado gran cantidad de información que se encuentra recogida en cinco volúmenes escritos por el cronista de la misión, Kunitake Kume 久米 邦武, bajo el título de *Bei O Kairan Jikki* 米を回覧実記. Esta delegación visitará en total 12 países: Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Bélgica, Holanda, Alemania, Rusia, Dinamarca, Suecia, Italia, Austria y Suiza.

La misión no pasará, no obstante, por España y Portugal, aludiendo como excusa la falta de tiempo. En realidad, este podría haber sido un pretexto para esquivar una visita a dos países con los que, históricamente, Japón no mantenía una relación de amistad. Conviene tener presente que en los siglos XVI y XVII religiosos de los reinos de España y Portugal se instalaron en el archipiélago, según algunos autores con intención de colonizar paulatinamente todo el océano Pacífico. En 1613, ante el deterioro de las relaciones de la iglesia con el Shogún, Ieyasu Tokugawa firmaría un Edicto que ordenaba la expulsión de todos los misioneros de Japón. A este edicto siguió el martirio de muchos religiosos, como el ocurrido en el episodio de los 26 mártires de Nagasaki. El comercio con Japón continuó, pero de manera indirecta a través de los holandeses instalados en Dejima.

No obstante, el hijo del cronista de la misión Iwakura, Keitaro Kume, establecería contacto posteriormente con España. Keiichiro Kume 久米 桂一郎, notable artista de las eras Meiji y Shôwa, estará presente en la primera Exposición Universal Española de 1888, entablando amistad con Antonio García Llansó, y facilitándole información para la obra de divulgación *Dai Nipón*.



Texto preliminar de la obra Dai Nipón en el que A. García Llansó expresa su agradecimiento al pintor Keiichiro Kume

Otro de los miembros de esta misión diplomática fue Hirobumi Itô. Éste se convertirá en admirador de Bismarck y de su política, llegando a imitar, incluso, muchos de los gestos del canciller. Tanto Iwakura como Itô verán la necesidad de otorgar a Japón una constitución.

Hirobumi Itô pasará dieciocho meses en Europa, estudiando las distintas cartas magnas para redactar, finalmente, la constitución de corte prusiano que se alzará en 1889. Durante las misiones a occidente, sentirían cierto desorden en la democracia

estadounidense, lo que les haría optar por un gobierno más cercano a las ideas de Bismarck. La constitución de 1889, por lo tanto, daba poder al emperador, aunque permitía elecciones al Parlamento (en Japón llamado la Dieta) bajo un sufragio bastante restringido. Impregnada del “estilo occidental”, esta carta magna estaba dirigida a las potencias occidentales, con las cuales Japón quería equipararse, para acabar, entre otras cosas, con los tratados desiguales.

El interés por occidente fue un arma de doble filo. Si bien por una parte resultó fundamental para la modernización y apertura al exterior de Japón, también resultó ser una suerte de germen que estimularía las ideas expansionistas, reforzadas además por la victoria en la guerra Ruso-Japonesa en 1905. André Bellesort ya apuntaba, al comienzo de su obra *La Sociedad*

*Japonesa*²²⁵, lo siguiente: << Un médico alemán instalado hace veinte años en Tokyo tenía costumbre de decir: “Cuando un japonés bebe una copita de *Chartreuse*, presenta todos los síntomas de la escarlatina.” Figúrese el lector a ese mismo hombre después de tragarse el *Contrato Social*, la historia de la revolución francesa y las teorías igualitarias o individualistas que Europa le envía... La verdad es que no sospechaba yo que hubiese tanto veneno en nuestros licores familiares.>>

No obstante, aunque en política, industria y economía Japón estuviese cambiando, no eran pocos los ideólogos y políticos que afirmaban que esto no cambiaría en absoluto el “espíritu japonés”, y que, aunque de corte occidental, la esencia de la nación seguía latente en cada manifestación popular.

A pesar de todo, la “occidentalización” también trajo consigo una comprensible desvalorización de la cultura y el arte japonés. Un ejemplo incuestionable de ello lo encontramos en la vida de Ernest Fenollosa, cuya labor sobre el estudio de Oriente salvó al arte tradicional japonés de la



Hirobumi Itô

febril destrucción que se estaba llevando a cabo²²⁶. El afán del gobierno japonés por modernizarse y situarse a la altura de las naciones occidentales devoraba con avidez las raíces del pensamiento y las costumbres del país. <<Es desigual, heterogéneo, inverosímil este Japón con su inmovilidad de quince o veinte siglos, y de pronto, su afán por las cosas modernas que le ha acometido como un vértigo>>, afirmaba Loti en su obra *Japoneries d'Automne*²²⁷.

Al mismo tiempo que los nuevos “ciudadanos” se impregnaban en el estilo de Occidente, practicaban el desdén por el mundo rural, llegando a calificar a los campesinos como seres inferiores. Entre la gente del campo, igualmente, germinó el descontento y el odio por la nueva clase urbana. En 1926 un agricultor llamado Teisuke Shibuya escribió a propósito de la capital:

²²⁵ Bellesort, André: *La Sociedad Japonesa*. Traducida al castellano por F. Sarmiento, publicada por Montaner y Simón, Editores de Barcelona en el año 1905.

²²⁶ Esta historia se puede conocer gracias al excepcional trabajo del investigador José María Cabeza Láinez, titulado *Ernest Francisco Fenollosa and the quest for Japan: findings of a life devoted to the Science of Art*.

²²⁷ Traducida por Vicente Díez de Tejada y editada en España en 1921 como *El Japón* por Editorial Cervantes de Barcelona.

<<Ah, Tokio, eres una máquina de matar que chupa la sangre de los campesinos en nombre de la civilización urbana y capitalista>>²²⁸.

Como es lógico, por otra parte, muchos pensadores de la época comprendieron que la llegada de las potencias occidentales podría amenazar unos valores que habían permanecido intactos durante largo tiempo. Así lo percibía el literato Junichiro Tanizaki, en su magnífico ensayo *El elogio de la sombra* (*Inei Raisan* 陰翳礼賛, 1933): <<Japón está irreversiblemente encauzado en las vías de la cultura occidental, tanto que no le queda sino avanzar valientemente dejando caer a aquellos que, como los viejos, son incapaces de seguir adelante. No obstante, como nuestra piel no cambiará de color, tendremos que resignarnos a soportar eternamente unos inconvenientes que sólo padecemos nosotros>>²²⁹. El mismo autor analizaría la confrontación entre las nuevas tendencias venidas de Occidente y su unión con la cultura japonesa en la novela *Hay quien prefiere las ortigas*.

La confrontación y el descontento entre mundo rural y mundo urbano, unidos a la progresiva militarización de la sociedad y al auge de los nacionalismos, terminaría con la veloz “occidentalización” de la sociedad japonesa de una manera relativamente brusca. Mientras las nuevas clases disfrutaban, el nacionalismo comenzaba a captar adeptos, y a resquebrajar los cimientos de un gobierno que a duras penas podía mantener sus ideales liberales. Las crisis económicas y humanas, como los Disturbios del Arroz de 1918 o el Gran terremoto de Kantô de 1923 daban empuje a las pretensiones de la extrema derecha.

En 1921 el príncipe heredero Hirohito aceptaba la regencia del imperio al empeorar la salud de su padre Yoshihito (el emperador Taishô), mentalmente impedido para ejercer el poder. En 1925, año de su muerte, los nacionalistas consiguieron que se aprobara la Ley de Conservación de la Paz, la cual otorgó poder a una división especial de la policía para realizar una dura represión contra todas aquellas personas que manifestaran pensamientos o tendencias políticas “peligrosas”. Comenzaba la era Shôwa 昭和(1926-1989), y la depresión de 1929 empeoraría la situación económica de Japón. En las zonas más afectadas por la crisis las asociaciones patrióticas y los grupos militaristas cobraron mucha fuerza. El ultranacionalismo había conseguido reducir drásticamente el pensamiento liberal, y el país se adentraba cada vez más rápido en lo que hoy los japoneses han llamado *Kurai tanima* 暗い谷間 (valle oscuro). Muchos japoneses reclamarían un “retorno al pasado”, exaltando las viejas costumbres. El proceso de cambio se frenaría en el campo social y espiritual del pueblo japonés, y sólo sería retomado tras la derrota en la Guerra del Pacífico.

²²⁸ Hane, Mikiso: *Breve historia de Japón*.

²²⁹ Tanizaki, Junichiro: *El elogio de la sombra*. Editorial Siruela. 2003.

Fue esta contienda, y los desastres derivados de la misma, la que marcó una línea divisoria entre la sociedad de preguerra y la actual.

EL ARTE DE LA ADAPTACIÓN

La capacidad de adaptación ha sido notable durante el transcurso histórico de Japón. Un ejemplo capital es la adopción de los caracteres chinos, que en Japón se llamaron Kanji (en chino Hanzi o letras de Han), ocurrida posiblemente mucho antes del 538, año en el que según la explicación oficial el rey de Paekche (Corea) envía al rey de Yamato 大和²³⁰ (倭) unas imágenes budistas acompañadas de los sutras²³¹. A medida que se comprendía el significado de estos caracteres, se les daba una traducción a palabras japonesas, adscribiéndoles una lectura propia, al mismo tiempo que se aprendía la pronunciación china. Asimismo, la adaptación de estas letras daría lugar a los peculiares silabarios *Kana* (Hiragana y Katakana).

Otra adaptación paradigmática fue la derivada del pensamiento *Suijaku Honji* 垂迹本地, que afirmaba que a través de oráculos las deidades del Shintô se habían declarado protectoras del Budismo y por lo tanto ambas religiones debían convivir incluso en los mismos templos. Ello resulta ampliamente reflejado en el arte y la arquitectura del periodo Heian (794-1185), y posteriormente en el periodo Kamakura (1185-1333).

La extensión del pensamiento de Confucio, el Budismo y la cultura china, intensificada por Shôtoku Taishi y asimilada por el pueblo japonés, llenaría de valores e imprimiría en la sociedad un modo de actuar y de entender la vida. Como en muchas otras culturas, la religión y las creencias supersticiosas condicionarían el mecanismo de pensamiento, la manera de entender los fenómenos de la vida cotidiana, así como la familia, las relaciones interpersonales, la política o la economía.

Así se apunta a comienzos del siglo XX en la obra *Dai Nipón (El Japón)*, estudio realizado por Antonio García Llansó, que fue designado por el imperio japonés como miembro del jurado calificador de la Exposición Universal de Barcelona de 1888: <<[...] preciso es recordar que la característica del pueblo japonés, no es el sentido imitativo, antes al contrario, ha sido siempre masa o elemento dispuesto a la asimilación, a adoptar cuanto le interesa, pero imprimiendo del sello de su originalidad. Esta circunstancia, verdaderamente esencial, puede observarse en cuanto significa o representa su modo de ser, su

²³⁰ Nombre que recibía Japón en las crónicas antiguas.

²³¹ Así aparece en el *Kojiki*, la crónica de los hechos antiguos. También lo apunta Kayoko Takagi en su extraordinario estudio y traducción de la obra *El cuento del cortador de bambú* (竹取物語), editado en Catedra, en la colección Letras Universales.

nacionalidad>>²³². Al adaptar el confucianismo, Japón asimilaría las ideas de finalidad y perfección. Estos conceptos han permanecido latentes en las estructuras de poder de China y Japón hasta el siglo XX. El pensamiento de Confucio será, por tanto, uno de los elementos a tener en cuenta a la hora de analizar las claves del éxito de ciertas potencias asiáticas, como afirman Miguel Vidal González y Manuel Llopis Goig: <<[...] de los cuatro tigres²³³, Hong Kong, Singapur y Taiwan son chinos y confucianistas, y el cuarto, Corea, es netamente confucianista. Asimismo, en los diversos países del sudeste asiático, con creencias diversas, las minorías chinas son las que sustentan el poder económico>>²³⁴.

El proceso de modernización y la introducción de las ideas occidentales llegaron, tal vez, en un momento inadecuado a Japón. En 1895, Lafcadio Hearn apuntaba, a propósito de la adopción de los ideales de Occidente: <<El psicólogo moderno reconoce que la llamada ‘adopción de la civilización occidental’ en un breve periodo de treinta años no implica necesariamente un conjunto de órganos nuevos ni de valores antes inexistentes en la mentalidad japonesa. [...] Desde esta perspectiva, Japón es el país más extraordinario del mundo; lo más maravilloso de este episodio de ‘occidentalización’ es que el cerebro de esta raza haya podido encajar tan tremendo golpe>>. Muchos de los ideales que serían preconizados por el marxismo estaban ya imbuidos en la mentalidad japonesa gracias al confucianismo. Miguel Vidal y Ramón Llopis no dudan en asegurar, por ejemplo, que la economía japonesa es <<la más marxista de todas las economías>>.

Por otra parte, Hearn ya apuntaba que la progresiva “occidentalización” no sería sencilla, y que la mentalidad japonesa tendría que cambiar para que la modernización prosperase: <<No obstante, por inusitado que parezca, tenemos que plantearnos el verdadero sentido de este fenómeno [la “occidentalización”] dentro de un marco histórico. El mismo implica la reestructuración parcial de todo un mecanismo de pensamiento existente. [...] Adoptar la civilización occidental no fue tan fácil como muchos insinuaron con ánimo infantil>>. De hecho, el descontento de muchos sectores de la sociedad y el auge del nacionalismo demostrarían que Japón no estaba aún preparado para un gran cambio.

Las crisis vividas desde comienzos del siglo XX suscitaron recelo hacia todo lo occidental por parte de los sectores de la derecha conservadora. Surgió un sentimiento antioccidental que se refugió en la literatura

²³² García Llansó, Antonio: *Dai Nipon, el Japón*. Manuales Gallach (anteriormente Manuales Soler).

²³³ Se denomina “tigres asiáticos” a los países de Asia Oriental que han experimentado un desarrollo acelerado en la segunda mitad del siglo XX.

²³⁴ Vidal González, Miguel y Llopis Goig, Ramón: *Sayonara Japón, adiós al antiguo Japón*. Hiperión, 2000.

nihonjinron 日本人論, una serie de teorías sobre el carácter del pueblo japonés, de los pensadores de la antigua escuela de Aprendizaje Nacional (*Kokugaku* 国学) surgida durante el gobierno Tokugawa (1603-1868). Se persiguió cualquier idea nueva, y se volvieron a exaltar los principios del *bushidō*, al tiempo que se consideraba al emperador como centro y origen del mismo Estado, como veremos más adelante.

El afán expansionista de los militares fue una de las razones que condujeron a Japón a la guerra contra los Estados Unidos. Durante la contienda los americanos se encontraron con un enemigo que no actuaba según la lógica occidental. Por ello, en 1944 el gobierno norteamericano tuvo que recurrir a Ruth Benedict para descifrar el comportamiento japonés. La obra de esta autora, titulada *El crisantemo y la espada*, fue fundamental para salvar a Japón de su desaparición como estado y sociedad. De hecho, este estudio, traducido al japonés en 1948, impulsó en el mundo académico nipón la voluntad de conocer la esencia del pueblo desvinculándola del pasado expansionista y militar. La nueva literatura *nihonjinron* pretendía recuperar la conciencia nacional, desvanecida tras la derrota.

Sorprendentemente, los japoneses colaboraron con la administración americana y supieron adaptarse a los nuevos tiempos, retomando muchos de los ideales liberales que aparecieran durante la era Taisho, antes del ascenso de los ultranacionalistas. Ruth Benedict habla así de la ocupación: <<[...] muchos norteamericanos aún temían que los japoneses se mostraran resentidos y hostiles, como una nación de vengadores al acecho, dispuestos a sabotear cualquier programa pacífico. Pero estos temores resultaron infundados, y las razones de ello residían en la curiosa cultura japonesa más que en cualquier axioma universal sobre las naciones derrotadas, la política o la economía. Quizá en ningún otro pueblo se habrían logrado resultados tan buenos mediante una política de buena voluntad. A los ojos de los japoneses, esta política evitaba los símbolos de humillación que acompañan a la dura realidad de la derrota y les incitaba a poner en práctica una nueva política nacional, cuya aceptación era posible gracias precisamente al condicionamiento cultural del carácter japonés>>. Y esto es, en suma, una capacidad de adaptación extraordinaria, que consigue obtener beneficios de la adversidad.

EL EMPERADOR Y LA COMUNIDAD, POR ENCIMA DE TODO

Para entender el modo de pensar y actuar de los japoneses también hay que acudir a la idea de jerarquía. La fuerza de la jerarquía, el “cada uno en su lugar” que ya percibiera Ruth Benedict en *El crisantemo y la espada*, ha sido la base para entender la unidad familiar y las relaciones laborales y sociales en Japón desde muy antiguo. Una crónica china compilada antes del año 297

describe así a la sociedad japonesa: <<Una sociedad bien ordenada, con rigurosas distinciones jerárquicas, en la que el respeto social se manifestaba agachándose al lado del camino>>²³⁵. La jerarquía sirvió para entender la relación del hombre con sus semejantes, y otorgó una mayor importancia a la comunidad por encima del individuo. Pensar el mundo como un espacio en el que cada cual tiene un lugar asignado llevó a muchos oficiales del ejército japonés a justificar una posición de superioridad frente a otras naciones de Asia, conduciendo a Japón por el desastroso camino de la guerra.

Durante la era Meiji, algunos viajeros occidentales llegaron a reconocer en la importancia que se le otorgaba a la comunidad el soporte fundamental de la sociedad japonesa: <<La ausencia relativa de todo tipo de egoísmo individual en el carácter nacional ha salvado al imperio, permitiéndole a un gran pueblo como el japonés preservar su independencia pese a las dificultades con que tropieza>>, afirmaba Lafcadio Hearn, hondamente cautivado por Japón.

Las nuevas ideas democráticas y liberales nacidas en la era Taishô, que en muchos casos exaltaban el individualismo por encima del valor de la comunidad, morirían con el auge del nacionalismo y las ideas antiliberales, representadas por ideólogos como Ikki Kita o Nisshô Inoue. Los militares comenzaron a organizarse en sociedades ultranacionalistas durante los años veinte y treinta, encontrando el apoyo del mundo rural que, como hemos visto, había soportado un empobrecimiento paulatino a medida que la ciudad se modernizaba. Nació así una confrontación entre los pensadores que mantenían ideas liberales y enaltecían el estilo de vida individualista de occidente, y los que abogaban por la exaltación de lo nacional y defendían una postura antioccidental, que colocaba a la comunidad por encima del individuo. La persecución de las ideas “peligrosas” se extendió también a este grupo liberal, y muchos profesores universitarios adscritos a ellas fueron expulsados de sus puestos.

El caso más famoso es el del profesor Tatsukichi Minobe, que en su Teoría del Órgano postulaba que el emperador de Japón era un órgano más del estado, y que por lo tanto no tenía poder por encima del parlamento, dejando de ser el centro de la política nacional. En 1930, con el ascenso de la cúpula nacionalista, su teoría fue considerada como una ofensa. En 1935 un tribunal le acusó de “lesa majestad” y se prohibieron sus libros. Minobe fue tildado de agitador y se le obligó a dimitir de su puesto en la Universidad Imperial de Tokio. Las ideas nacionalistas habían calado tan hondo en la sociedad japonesa que incluso llegó a sufrir un intento de asesinato.

En 1937 los ultranacionalistas forzaron la promulgación de los Fundamentos del Régimen Nacional. En ellos se aseguraba que el emperador, fuente de la

²³⁵ *Wei Chih*, citado en Vidal González, Miguel y Llopis Goig, Ramón: *Sayonara Japón, adiós al antiguo Japón*. Hiperión, 2000. pág. 24.

moralidad del pueblo, era descendiente directo de Amateratsu (la Diosa Sol), y por lo tanto un dios en sí. Se exaltaban las ideas de lealtad, patriotismo, piedad filial y armonía, y se criticaban enérgicamente las ideas de individualismo y democracia llegadas de Occidente.

Con esto, para muchos japoneses cualquier acción que se hiciera en nombre del emperador estaba justificada, ya que al ser descendiente directo de la Diosa Sol, y por lo tanto una divinidad en sí misma, por nadie más cabía actuar y ante nadie más había que responder. Al comienzo de *Tradiciones Japonesas*, obra que recoge distintas leyendas y cuentos antiguos de Japón, Fukujiro Wakatsuki no duda en cuanto al carácter celestial del emperador, afirmando: <<La familia imperial tuvo por ascendiente remoto a Amaterazu Omikami, también llamada Hi-no-mikami, es decir, diosa del Sol. Su gracia se extendía a todos, como la luz del sol alegra el universo entero>>. Muchas personas pertenecientes al ámbito académico, que después de la guerra fueron unos firmes defensores de la paz, reconocieron haber simpatizado con las ideas de los nacionalistas y defendido a ultranza la figura del emperador Hirohito. Es el caso del difunto profesor Reiji Nagakawa, traductor de Shakespeare y Joyce al japonés, que reconoció haber deseado pertenecer “al ejército del emperador”. Poco después de terminada la guerra, Nagakawa tuvo que marcharse a España, renunciando a una cátedra en Literatura Inglesa, ya que en su círculo de la Universidad de Tokio era apodado de manera maliciosa “el cristo coreano”, por su defensa de éstos ciudadanos.

En la capitulación de Japón, y tras el mensaje radiofónico de Hirohito, en el que renunciaba a su carácter divino, la idea de lealtad al emperador pareció desvanecerse. Ciertamente es que aquel mensaje fue un verdadero jarro de agua fría para muchos japoneses que habían quedado cautivados por las ideas de los ultranacionalistas. La destrucción de Hiroshima y Nagasaki, la derrota absoluta en la guerra y la ocupación americana fue un golpe muy duro, que traería consigo desencanto, pero también predisposición hacia el cambio. Japón iba a reconocer que el camino hacia la guerra había sido un error, y que era necesario empezar de nuevo. En este sentido, el Japón derrotado se convirtió en el Japón pacífico.

La prueba de esta transformación fue, sin duda, el fracaso ideológico del literato Yukio Mishima, famoso por extraordinarias obras como la tetralogía *El mar de la fertilidad*²³⁶. En 1970, el escritor logró reunir a un pequeño ejército personal para incitar el levantamiento de las Fuerzas de Autodefensa y provocar un golpe de estado. Mishima creía firmemente en los valores tradicionales y en el carácter sagrado del emperador. De ello dejó constancia en sus novelas, así como de su descontento por la nueva sociedad japonesa. Merece mención especial su relato *Patriotismo*, del que realizó asimismo un

²³⁶ En España publicada por editorial Caralt.

cortometraje, y en el que se puede percibir el pensamiento ideológico de Yukio Mishima y su enaltecimiento de las antiguas costumbres. Al fracasar su mensaje, totalmente rechazado por la población, se suicidó cometiendo *seppuku*²³⁷. Su muerte no tuvo apenas impacto en la sociedad, y en cierta manera la obra de Mishima es mejor considerada en el extranjero que en su propio país.

Otra muestra del rechazo hacia el pasado belicista lo encontramos en la actitud de la población y la mayoría de la clase política frente a las polémicas visitas al templo de Yasukuni 靖国神社. En él están enterrados catorce criminales de guerra de Clase A, entre los que se encuentra el general Hideki Tojo. El templo dejó de ser visitado por Hirohito en 1975, y el actual emperador Akihito nunca lo ha visitado. Sin embargo el primer ministro Junichiro Koizumi acude anualmente a este templo, dando lugar a no pocas críticas desde los países que fueron invadidos en la Segunda Guerra Mundial. Los citados convictos fueron elevados a la categoría de dioses del Shintô en una ceremonia secreta en 1978. Sin embargo es dudoso que esta fuera la razón por la cual el emperador Shôwa cesó en las visitas, ya que es sabido que por su propio carácter obstinado más de dos millones de japoneses perecieron de una forma a todas luces innecesaria, sirviendo precisamente al soberano.

Frente a esto, en una encuesta realizada por la agencia Kyodo News en 2005, se supo que el 57,7% de los japoneses deseaban que el ex primer ministro Junichiro Koizumi dejara de visitar Yasukuni. Asimismo Sadakazu Tanigaki y Shinzo Abe, en sus candidaturas a la presidencia en septiembre del 2006 por el Partido Liberal Democrático (Jimintô 自民党), manifestaron su intención de abandonar estas visitas y mejorar las relaciones diplomáticas entre Japón y los países de Asia Oriental.

El finalmente elegido primer ministro, Shinzo Abe, realiza en la actualidad (2007) esfuerzos por mejorar las relaciones diplomáticas con los países vecinos. No obstante sus propuestas para inculcar el patriotismo en las escuelas hacen recelar de nuevo a las naciones antaño invadidas por Japón.

Algunos sociólogos opinan que en la posguerra la lealtad ante el emperador se transformó en lealtad hacia la empresa para justificar el éxito económico nipón. Esto no es del todo cierto. De hecho el emperador pasó muchos años relegado a un plano meramente religioso, y sólo cobró mayor importancia gracias a las conquistas políticas, económicas y sociales logradas por el gabinete de Mutsuhito, el emperador Meiji, y al ascenso político y la acogida social de las ideas de los ultranacionalistas. Siendo esto así, Lafcadio Hearn llegó a afirmar en su libro *Kokoro*: <<Tanto la industria como el

²³⁷ Suicidio ritual, más popularmente conocido en occidente como *Harakiri* 腹切 (abdomen-cortar). Siendo *Seppuku* 切腹 (cortar-abdomen).

gobierno siguen sus caminos, sin consolidarse. Sólo el trono es inmutable. La política del gobierno se identifica con la idea del movimiento perpetuo>>²³⁸.

Terminada la guerra, la administración americana decidió, bajo la desconfianza de la comunidad internacional, mantener al emperador Hirohito en el trono, pero como monarca constitucional. Se pudieron oír algunas voces críticas contra la figura del emperador por haberse desvinculado de los crímenes cometidos en la contienda. No obstante, se sabe que realmente pudo haber evitado las atrocidades cometidas durante la guerra, pero ciertamente su “carácter sagrado” fue magnificado por los radicales como pretexto para implantar en la población las ideas expansionistas y el sentimiento nacionalista. Lo cierto es que aunque Hirohito logró integrarse de nuevo como parte de la nación y ser aceptado como figura representativa de la historia y el gobierno japonés, su muerte en 1989 simbolizó para muchos la desaparición del último recuerdo de una etapa oscura.

Durante la ocupación la industria siguió su curso, y su bonanza se puede explicar hoy más por el modo de actuar de acuerdo a las ideas confucianas que por un giro en las lealtades del pueblo. Sin embargo, algo ocurrió en la política. Del “movimiento perpetuo”, Japón pasó a mantener un gobierno del Partido Liberal Democrático desde 1955 hasta nuestros días, casi ininterrumpidamente. Por otra parte, aún hoy es muy difícil oír a la ciudadanía criticar al emperador, a pesar de que la mayoría de los japoneses ya no le otorgan tanta importancia como antes de la guerra del Pacífico.

La jerarquía ha estado presente siempre en muchos aspectos de la vida de los japoneses, anteponiendo, como se ha mencionado, la comunidad frente al individuo. En las antiguas comunidades de agricultores el poder lo ostentaban los miembros más ancianos. Igualmente los campesinos de estas comunidades aceptaban su posición en la jerarquía establecida por el confucianismo: samuráis, campesinos, artesanos y comerciantes. En las empresas, la edad, entendida como experiencia, ha sido habitualmente el motivo de ascenso para los directivos. Niños y ancianos, como ya apuntara Ruth Benedict, que nunca visitó Japón, tienen un papel especial dentro de la jerarquía de la sociedad japonesa.

A pesar de todo, en la actualidad la sociedad vuelve a interesarse por un estilo de vida más individualista, como ocurriera en los “años felices” de la era Taisho. Este interés por el individuo, según Miguel Vidal y Ramón Llopis, siempre ha estado latente en la sociedad: <<La pulsión individual siempre ha existido dentro de cada japonés, pero agazapada detrás de la máscara de la armonía colectiva. Sin embargo, durante la preguerra, el individuo estuvo a punto de pasar a primer plano anteponiéndose a la tradición grupal. Pero ha sido en el final del siglo XX cuando esta inusitada ‘revolución’ está teniendo

²³⁸ Hearn, Lafcadio: *Kokoro, Ecos y nociones de la vida interior japonesa*. Miraguano Ediciones, 1986.

lugar. [...] Ahora el individuo por primera vez en la historia japonesa ocupa el primer plano>>.

COMUNIDAD FRENTE A INDIVIDUO, JUVENTUD VERSUS CONFUCIO

En 1901 y 1902 el brasileño Oliveira Lima visitó Japón en calidad de encargado de negocios de su gobierno. De su viaje escribió algunas impresiones sobre el carácter de los trabajadores japoneses. Asegura Lima en sus escritos que los japoneses pueden obrar “verdaderas maravillas” trabajando en grupo, pese a encontrarse aún inadaptados a las nuevas herramientas brindadas por la modernidad. <<El trabajador japonés, con su estilo generalmente laxo y descansado, es discreto y laborioso como una hormiga>>, afirma. Otros observadores, la mayoría de culturas protestantes, no lo vieron así. Un economista alemán afirmará que <<Hasta ahora el trabajo constante ha sido poco conocido en Japón>>²³⁹. Ambas posturas tienen parte de verdad. Robert Bellah intentará explicar la influencia de la doctrina confucianista impuesta por los Tokugawa, que gobernaron desde 1602 hasta 1868, en la configuración del carácter japonés frente al trabajo. El autor atiende a las diferencias entre los distintos estamentos de la época ya descritos. Bellah llegará a la conclusión de que la lógica confucianista obliga a cada clase a aplicar un sentido particular a su tarea y a una lealtad inquebrantable hacia los superiores. Así pues el campesino tendrá un compromiso con la tierra que trabaja y el samurai con el aprendizaje de las artes marciales y las estrategias bélicas. El trabajo situará a “cada uno en su lugar”, y sólo se aceptara algún acto individualista en la medida que favorezca al fortalecimiento del ideal de jerarquía. Es aún hoy perceptible que esto ha inculcado en la mentalidad japonesa un desprecio absoluto por la pérdida de tiempo. En general, los japoneses suelen dedicarse a alguna tarea para huir de la inactividad. El trabajador japonés no busca tanto la productividad, sino el aprovechamiento del tiempo que se le da, para ser socialmente aceptado.

Este hecho ha provocado que en la segunda mitad del siglo XX, a medida que salen a la luz nuevos estudios sobre Japón, aparezca una figura singular que sin duda ha alimentado los tópicos occidentales sobre el carácter nipón. El *salary-man* (“hombre-salario”, expresión para definir al oficinista por excelencia) y las O.L. (Office Ladies) trabajan una media de 10 y 8 horas al día respectivamente. La mayoría de ellos emplea dos horas aproximadamente en el desplazamiento de su hogar al centro de trabajo. Además, hasta hace poco

²³⁹ Citado en Ortiz, Renato: *Lo próximo y lo distante. Japón y la modernidad-mundo*. Interzona Editora, S.A.

prevalcían las jornadas laborales de 48 horas (seis días a la semana) frente a las de 40 horas (cinco días). Por otra parte, aunque en teoría el empleado tiene derecho a dos semanas de vacaciones, es común que sólo emplee cuatro días de asueto en muestra de su compromiso con la empresa.

Hasta no hace muchos años ha existido en el *salary-man* y en la O.L. un sentido de responsabilidad derivado del pacto social de posguerra. Durante la ocupación norteamericana se le dio una vital importancia a la producción como vía para salvar a la nación. Asimismo, las empresas niponas aceptaron que desempeñaban un papel muy importante para la revitalización del país.

Para alcanzar el éxito, Japón siempre ha antepuesto a la comunidad por encima del individuo. Todos los japoneses se entregarían a la lucha por la restauración de la prosperidad, y para ello la armonía propia del confucianismo seguía siendo elemental. Muchos investigadores han calificado a la sociedad nipona como “Japón S.A.” debido a este hecho, o como dice Takeo Kuwabara: <<Para los japoneses, el individualismo se asocia al retrato de un país llamado Corporación Japón>>. Aunque algunos japoneses no acepten esta idea, parece evidente que siempre se ha entendido a la sociedad como una totalidad.

El japonés adulto se convirtió en un trabajador entregado, y la empresa en un apéndice de su familia. Hasta la recesión iniciada en 1990, el empleado tenía asegurado un puesto de trabajo vitalicio. Era tal la dedicación hacia el trabajo que los japoneses fueron denominados *workaholics*, y lo cierto es que no han sido pocos los casos de *karôshi* 過勞死, que es morir por una calcificación de las arterias motivada por la falta de ejercicio y la sobrecarga de trabajo, entre la población.

A esto hay que sumar el compromiso ético que se contrae con el grupo de trabajo. Esta fidelidad a la comunidad estará presente durante toda la vida del empleado japonés. Es habitual así, que después de una dura jornada de trabajo acuda a un bar junto con sus compañeros y superiores a compartir el fin del día. Es muy negativo para el trabajador negarse a asistir a estas reuniones, y el hecho mismo de no seguir esta costumbre es considerado como antisocial y extraño. Por ello se sacrifica mucho tiempo con la “familia empresarial”, en detrimento de la familia real.

El pacto social de posguerra parecía predecir el futuro de la mayoría de los japoneses una vez terminaran su formación académica. Sin embargo, el espíritu de Mayo del 68 se extendería por todo el mundo, incluido Japón. La juventud se opondría a Confucio, en una manifestación de individualidad. Las protestas estudiantiles, el entusiasmo por construir “otro mundo” y huir del estilo de vida convencional cristalizarían en una serie de actitudes contrarias a las concepciones tradicionales. Muchas de estas actitudes aún hoy se emplean para expresar rebeldía frente al sistema. El mal uso del *keigo* 敬語 (lenguaje honorífico) en la relación con los superiores, ya sea en la universidad o en la empresa, significa un cambio de talante frente a la idea de jerarquía. De hecho,

muchos jóvenes japoneses reconocen hoy que no han aprendido bien cómo emplear esta fórmula del lenguaje, y que suelen equivocarse con frecuencia. Naturalmente, algo está cambiando.

Por desgracia para los soñadores del espíritu de Mayo del 68, muchos de los “hippies” de los setenta se transformaron en los “yuppies” de los ochenta. Sin embargo, a mediados de los años ochenta, en medio de la *Bubble Economy*, renace el interés por el individualismo. Una nueva generación de jóvenes que fueron designados con el término *shinjinrui* 新人類 (nueva especie), reconoció a las grandes empresas como una amenaza a su privacidad. Estos nuevos japoneses, a los que se les acusó de falta de entusiasmo por el trabajo, pereza, desencanto por la política y egoísmo, comenzaron a construir su vida sobre unos pilares distintos a los tradicionales.

El Japón tradicional convive en los ochenta, y aún hoy, con el estilo de las nuevas generaciones. El director alemán Win Wenders nos transmite esta atmósfera en el documental *Tokyo-Ga*, en el que compara el Tokyo de las películas del director de cine Yasujiro Ôzu, con la megalópolis de los años ochenta, de marcados contrastes culturales. Una escena del filme nos muestra a unos niños jugando al béisbol en un famoso parque, una estampa novedosa, sin duda. En contraposición, una anciana cruza delante de la cámara cargando a su nieto a la espalda, de la manera tradicional, e inclina la cabeza una y otra vez en señal de cortesía, mientras el *gaijin* (extranjero) les graba. La nueva juventud era, en cierta medida, continuadora del espíritu liberal y pensador que fracasó al comienzo de la era Shôwa. Pero esta nueva sociedad ya no era “erótica, grotesca y sin sentido”.

La sociedad japonesa está envuelta en un proceso de cambio. El empleo, en muchos casos, ya no es vitalicio. Los jóvenes buscan una vía más rápida para ascender, y la traición a la empresa está a la orden del día. La natalidad descende y aumentan los divorcios. Se empieza a criticar el gasto público derivado del envejecimiento de la población, y el Partido Liberal Democrático, en el poder desde 1955, se tambalea ante el advenimiento de unos nuevos ideales. Sin embargo no parece verse el fin de su régimen. Los japoneses han alcanzado la cima de sus aspiraciones, y ahora apuestan algo más por la calidad de vida, entendida como aumento de ocio y consumo.

No obstante, el deseo de cambio no es un sinónimo de fracaso. Muchos expertos coinciden en afirmar que el pacto social de posguerra y la oportunidad para empezar desde cero, han traído a Japón una sociedad sin clases. La sociedad nipona es extremadamente homogénea, no existen apenas diferencias pronunciadas entre las rentas de la ciudad y del campo. En las empresas la relación entre empleados y directivos es abierta, compartiéndose los momentos de ocio, y existiendo una diferencia salarial aceptable. En la actualidad la tasa de paro sigue siendo envidiablemente baja en comparación con otras naciones avanzadas. Sorprende asimismo el bajo nivel de

delincuencia y las brillantes prestaciones sociales a las que tiene acceso la ciudadanía, y todo sin necesidad de grandes manifestaciones ni revoluciones políticas de ningún tipo. Sencillamente, como hemos mencionado, por el compromiso con la sociedad.

Sigue, por el contrario, existiendo una alta tasa de suicidio (no la más alta del mundo). La sociedad japonesa también ha encontrado dificultades desde que estallara la burbuja económica en 1991 y el país se sumergiera en una economía de recesión. Muchos expertos coinciden en afirmar que existe un vacío espiritual y moral pronunciado. Es por ello un caldo de cultivo para la aparición de sectas religiosas, como ocurrió con el Aum Shinrikyou オウム真理教 (la Verdad Suprema del Aum), que en 1995 atentó con gas sarín en el metro de Tokyo²⁴⁰. Emerge una nueva sociedad que ya no necesita estar tan comprometida con la comunidad, y que busca incesantemente el “yo” por encima del “nosotros”. Es esta nueva generación la que analizan escritores como Kenzaburo Oé o Haruki Murakami, o cineastas como Takeshi Kitano, que de una forma peculiar nos retrata a tres generaciones distintas en su extraordinaria película *Dolls*.

La sociedad japonesa, como todas las sociedades del mundo desarrollado, cambia al ritmo que marca la globalización. Pero no por ello desaparece totalmente su idiosincrasia. Podríamos tomar prestada esta cita escrita por Antonio García Llansó hace aproximadamente cien años, que serviría aún para describir el desarrollo del pueblo nipón: <<Poco a poco van modificándose los antiguos usos y sin violencia ni esfuerzo adapta, el pueblo japonés, al medio en el que vive, cuanto le aporta la civilización occidental y significa una mejora, y por lo tanto, un avance en la anchurosa vía del progreso>> Incluso podríamos decir a día de hoy que Japón se ha convertido en uno de los países que más aportan al progreso en el mundo. La cortesía, el compromiso con el trabajo y la familia, el valor de la jerarquía o el gusto por el detalle. Muchos aspectos de la idiosincrasia japonesa, para lo bueno y para lo malo, son aún apreciables si prestamos un poco de atención. No es preciso decir “*sayonara* Japón”, antes bien sería mejor decir *yôkoso* (bienvenidos) a los nuevos valores de la sociedad nipona y seguir disfrutando de nuestras semejanzas y diferencias con ella.

LA “OCCIDENTALIZACIÓN” SE REVIERTE

Hemos visto durante todo el artículo cómo la modernización de Japón ha sido entendida, desde sus dificultosos inicios en la era Meiji, como una “occidentalización”. Ahora bien, también hemos comentado cómo la capacidad

²⁴⁰ Kenzaburo Oé en *Salto Mortal*, y Haruki Murakami en *Underground*, analizan este fenómeno.

de adaptación intrínseca al carácter japonés ha dado como resultado un conjunto de nuevas costumbres y una curiosa remodelación de las antiguas. Como destacan Miguel Vidal y Ramón Llopis en su libro *Sayonara Japón*, la impronta confuciana en los pueblos de Asia ha favorecido el desarrollo económico de esta región del mundo. El “milagro japonés” y el actual empuje de China nos hace pensar que nos enfrentamos a un nuevo paradigma económico al que nos tendremos que adaptar si queremos sobrevivir en el mercado mundial.

Como colofón, es evidente que Asia está de moda en Occidente. El arte, la religión y el estilo japonés y chino se destilan en todos los comercios, y ni que decir tiene que venden bien. Asistimos también a una trivialización de Asia en el mercado: champú zen, ceniceros que son jardines secos en miniatura, budas transparentes, una fascinación inusitada por la soja o prendas de vestir con garabatos que pretenden hacerse pasar por caracteres chinos o japoneses y que desde luego no existen en Asia Oriental. Y esto es debido a que economía y sociedad han estado desde muy antiguo irremediabilmente ligadas.

¿Nos toca ahora una nueva “orientalización” de Occidente? ¿Debemos entender las doctrinas de Confucio para adaptarnos a los futuros patrones del comercio mundial? Ante el mercado podemos pensar que así es. Esperemos que si esto sucede, sepamos acercarnos a Oriente tomando todo lo bueno que nos pueda aportar. Para esto, sin duda, debemos acabar con los tópicos y fomentar la investigación científica. Ello debe comenzar con la educación desde los niveles escolares básicos.

BIBLIOGRAFÍA

- Bellesort, André: *La Sociedad Japonesa*. Traducida al castellano por F. Sarmiento, publicada por Montaner y Simón, Editores de Barcelona en el año 1905.
- Benedict, Ruth: *El crisantemo y la espada*. Alianza Editorial. Madrid, 2005.
- Buruma, Ian: *La Creación de Japón, 1853-1964*. Mondadori. Barcelona, 2003.
- Cabeza Láinez, José María y Almodóvar Melendo, José Manuel: *Ernest Francisco Fenollosa and the quest for Japan: findings of a life devoted to the Science of Art*. Bulletin of Portuguese/Japanese Studies, Volume 9. Universidade Nova Lisboa, 2004.
- Cabeza Láinez, José María: *Japonología*. CD Interactivo. Sevilla. 2005.
- García Llansó, Antonio: *Dai Nipón (El Japón)*. Manuales Gallach. Ed. José Gallach. Barcelona, 1921.
- Hane, Mikiso: *Breve historia de Japón*. Alianza Editorial. Madrid, 2003.
- Hearn, Lafcadio: *Kokoro. Ecos y nociones de la vida interior japonesa*. Miraguano Ediciones. Madrid, 1986.
- Loti, Pierre: *El Japón*. Editorial Cervantes. Barcelona, 1921.

Nakagawa, Hisayasu: *Introducción a la cultura japonesa*. Editorial Melusina. 2006.

Ortiz, Renato: *Lo próximo y lo distante. Japón y la modernidad-mundo*. Interzona editora S.A. Ciudad de Buenos Aires, 2003.

Takagi, Kayoko: *El cuento del cortador de bambú*. Ediciones Cátedra. Madrid, 2004.

Tanizaki, Junichiro: *El elogio de la sombra*. Biblioteca de Ensayo. Ed. Siruela. Madrid, 2003.

Vidal González, Miguel y Llopis Goig, Ramón: *Sayonara Japón, adiós al antiguo Japón*. Ediciones Hiperión. Madrid, 2000.

Wakatsuki, Fukuyiro: *Tradiciones Japonesas*. Ed. Espasa-Calpe, S.A. Madrid, 1943.

